



EDMUNDO DÍAZ CONDE

EL PRÍNCIPE DE
LOS
PIRATAS

Primera edición: 2013

© Edmundo Díaz Conde, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-959-2

Depósito legal: SE-1778-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

*Como siempre, para Camino,
corazón y alma de esta historia*

*Hay ferocidad en todas las pasiones,
hasta en el amor mismo.*

JOSEPH CONRAD

*Hace falta cierta grandeza de espí-
ritu para juzgar el patriotismo como mere-
ce; o bien una sinceridad de sentimientos
que le está negada al vulgar refinamiento
del pensamiento moderno, incapaz de
comprender la augusta sencillez de un
sentimiento que procede de la naturaleza
misma de las cosas y de los hombres.*

JOSEPH CONRAD

ÍNDICE

COSTA JURÁSICA

Prólogo.....	15
--------------	----

PRIMERA PARTE

La fuga del presidio.....	21
Entrevista en el monasterio.....	31
Un mirlo entre azucenas.....	43
Un oscuro sacramento.....	57
«Vivir y morir por la espada».....	69
La Casa de la Misericordia.....	81
Todos contra todos.....	99
El salvamento.....	109
Bandera de patriotas.....	123

SEGUNDA PARTE

La isla de Tortuga.....	143
Desengaño.....	157
<i>In extremis</i>	169
El Consejo de Ancianos.....	181
La taberna del Garfio.....	193

La desesperada decisión de Guzmán Yáñez . .	207
Brindis en el castillo de San Lorenzo	219
Los tormentos del río Chagres	235
El español arrepentido.	249
Ultimátum	261
La batalla por Panamá.	273

TERCERA PARTE

Un beso ingrato	287
En la tumba	299
Las grutas	309
Pruebas.	323
La mano de Dios	341
La caverna del sueño y de la muerte	351
John el Duque	363
Ocultos en la selva	375
El botín.	387

DOS MESES DESPUÉS

Un padre y su hija	407
Epílogo.	423
Agradecimientos	425

COSTA JURÁSICA
CONDADO DE DEVONSHIRE
INGLATERRA

(TRES MESES ANTES)

PRÓLOGO

ES UNA NOCHE SIN LUNA. EL VIENTO AZOTA Y CASTIGA A vivos y muertos por igual. Poco a poco la tormenta se aproxima al camposanto.

Cuatro hombres alcanzan con esfuerzo la cima. La cuesta arranca en la playa, y como reina una oscuridad casi absoluta, el primero se abre camino iluminándose con un candil. Cierra el grupo el que lleva dos palas al hombro. Ante ellos, una planicie y el vetusto cementerio del acantilado. Desde allí, a la luz del día, se domina la ensenada y el vasto mar, ahora encrespándose.

Abajo, un buque de nombre *Ganymede* los aguarda. Tiene las vergas en cruz y el velamen recogido y arriado el pabellón con las tibias y la calavera.

La planicie está recubierta de maleza y árboles desnudos, con ramas que se crispan en el aire como manos artríticas. Hay lápidas de piedra ennegrecida. Lápidas que se yerguen no en vertical, sino inclinándose hacia cualquier lado. El fuerte viento aúlla, embiste, comba los árboles, barre la maleza.

De los cuatro hombres sólo uno va tocado. A causa del viento irresistible lleva una mano sobre el tricornio. Con la otra

se envuelve en un capote que se hincha por detrás. Su lugarteniente permanece en las sombras, tan alejado de la luz que su cara no se distingue. La luz del farol permite adivinar en él una figura esbelta que rezuma distinción. La empuñadura de un cuchillo reluce en su costado.

El hombre del tricornio se dirige al del candil sin sacarse la mano del sombrero. Abre la boca. Mueve los labios. Si no grita, cuando menos lo parece. Sus gestos le deforman las facciones, pero el aullido ensordecedor del viento impide que se le entienda. El subordinado alza el candil, ahueca una mano alrededor de la oreja y el pañuelo rojo que ciñe su cabeza sale volando.

Como el tiempo apremia, el jefe saca un trozo de papel arrugado. Con gestos bruscos se lo entrega al otro, que lo coge y empieza a leer: «Angelica Morgan (1604-1666)...». De pronto, a media lectura, una ráfaga de viento formidable se lo arranca de la mano. Desesperadamente da unos cuantos manotazos al aire, pero el papel se pierde en la oscuridad y se queda adherido a una cruz de piedra.

El hombre del candil, presa de un pánico mudo, se precipita hacia las tumbas. Rastrea cada lápida con afán. El viento silba, brama y aúlla sin remedio, sin clemencia, sin pausa. Por fin tiene enfrente la inscripción que busca y con el brazo en alto hace una señal al hombre del tricornio, que ya se aproxima.

Los subalternos empiezan a cavar. El montón de tierra, al borde de la fosa, crece. Unas cuantas paletadas más y el ataúd está a la vista. Lo fuerzan. Un rayo, seguido de un trueno estentóreo, ilumina el cementerio y la cara del hombre del tricornio resplandece.

Dentro, un esqueleto sin cabeza cuyas manos sujetan una funda de piel oscura.

Le pasan la funda al hombre del tricornio, que extrae un pergamino de ella y lo extiende como puede. Se trata de un mapa quemado por los bordes. El lugarteniente coge el candil. El viento sacude el mapa con violencia. Al fondo, unos jinetes se aproximan por el tortuoso sendero que nace en la aldea. Empieza a llover.

A los quince minutos la partida de hombres armados llega, por fin, al cementerio. A la luz de los faroles se ve cómo sus caballos resuellan vaho. Descabalgan todos menos uno que apoya la culata de su fusil contra la silla. Pronto dan con la tumba saqueada.

El jinete que falta por desmontar está a punto de hacerlo. Entonces, el viento desprende de una cruz de piedra un trozo de papel. Vuela hasta quedarse adherido al cañón de su fusil y el jinete lo atrapa. Ya no llueve, sin embargo, el papel está húmedo. Al leer las líneas borrosas se dibuja en su rostro la imagen del espanto. Descabalga y se acerca a la tumba.

Con consternación, observa el espectáculo sangriento de la fosa. Dos hombres acuchillados y un esqueleto sin cabeza. Mira la inscripción de la lápida: «Angelica Morgan (1604-1666)». Y como si no diera crédito vuelve a consultar el trozo de papel en el que reza lo siguiente: «Angelica Morgan (1604-1666). Tumba de *sir* Walter Duncan. El Corsario sin cabeza».

Se acercan todos al borde del acantilado. Abajo no se ve más que un punto de luz y unas sombras en la noche. Súbitamente, un relámpago permite distinguir un bote que aleja de la playa a los saqueadores de tumbas. Pero la claridad dura muy poco, lo justo para ver cómo el bote se dirige hacia una nave que tiene la bandera negra desplegada.

El resplandor desaparece y la detonación de un trueno estalla con estrépito y llena la bahía.

PRIMERA PARTE

LA FUGA DEL PRESIDIO

LOS MARTILLAZOS DE LOS CARPINTEROS QUE LEVANTABAN el patíbulo lo sacaron del sueño. En el ventanuco enrejado, el pequeño halcón se recortaba contra la luna menguante y, de repente, voló hasta posarse en su hombro.

El presidiario se incorporó en el catre empapado en sudor, se frotó los ojos y cogió al animal con ambas manos. Desplegó una de sus alas y la inspeccionó con mimo.

—Tranquilo, amiguito. Tranquilo —dijo soltando al animal, que volvió a posarse en el ventanuco.

Exhausto, se dejó caer en el catre y se quedó mirando la puerta del calabozo mientras recordaba el sueño, la pesadilla de siempre: El zafarrancho de combate y la misma batalla contra el mismo buque que gobernaba el comodoro inglés casado con una dama española, y por último su padre, su propio padre, atónito de verlo en cubierta en plena batalla, hasta que por fin...

Sobre el taburete que estaba junto al portón de la mazmorra yacía su sombrero, como una reliquia. Cruzó los brazos bajo la cabeza, cerró los ojos, inspiró hondo. Sólo se oían los martillazos que eran, cómo ignorarlo, un toque prematuro de

difuntos. Durante un interminable lapso de tiempo sólo se oyeron los martillazos, cuando de manera inesperada, todo fue ahogado por un estruendo que desgarró el aire y resonó por las galerías. Aún era de noche cuando estalló el primer barril.

Al cabo de unos minutos las llamas sucedieron al humo con rapidez.

El olor a pólvora inundó un ambiente fétido, lóbrego, miserable. En la planta baja los presos empezaron a alarmarse cuando vieron una lluvia de chispas. Se oyeron gemidos y gritos. Enseguida, un crepitar inconfundible pareció reproducirse como el eco y las tinieblas se fueron replegando ante la furia de un incendio que devoraba las viejas maderas del presidio.

Una viga de grandes dimensiones se desprendió envuelta en llamas, se estrelló contra el empedrado y esparció chispas y trozos carbonizados. Las balaustradas de la escalera que conducía hasta el piso alto ardían y en algunos tramos todo el maderamen se venía abajo. Había docenas de calabozos abarrotados en cada planta, a uno y otro lado de los corredores que se bifurcaban en nuevas galerías. Y en cada una de esas mazmorras se oían gritos desventurados.

Poco después estalló un segundo barril. Y luego un tercero.

Todo pasó entre las tres y media y las cuatro menos cuarto de una madrugada de principios de junio. Y dentro de la cárcel de Madrid, sólo un par de excéntricos tipos, que no eran precisamente centinelas, habrían podido esclarecer aquel soberbio desbarajuste.

Se trataba de dos hombres que vestían como el dúo de ramerías más estafalario del reino. La pareja, librada a sus propios recursos, daba fin al trabajo para el que había sido contratada.

—¡¡Por los clavos de Cristo que esto va de mal en peor!!
¿No quedamos en que era «un incendio para distraer a los car-

celeros», animal? —preguntó un tipo bajándose el pañuelo de lunares que le amparaba del humo mientras giraba sobre sus talones. Blandía en una mano un cuchillo de dimensiones desproporcionadas a su estatura, y los últimos ricitos del pelucón se posaban en sus falsos pechos. El que le seguía, un sujeto que ocupaba holgadamente el triple, se detuvo como si le hubieran dado contraorden. De cuello para arriba los dos humeaban como antorchas recién extinguidas.

—A ver... No me metas prisa. —Se oyó la voz aterrorizada del gordo, a quien le había dado un tembleque—. ¡Me estás... me estás poniendo nervioso!

—¡Aaaahhgg! —dijo el de corta estatura—. Lo que te voy a poner es un ojo a la funerala. ¿Cómo es posible que a un cobardón como tú le pirre la pólvora?

—¡Ay, Melquíades! —dijo el monstruo, bañado en sudor frío y dando diente con diente—. ¡Qué va a ser de nosotros!

—¡Mira que te lo dije! ¡Te lo dije! Ginés, un pequeño incendio para distraer a los carceleros. Un par de barrilitos. Los llevamos en la mano. Igual que si fueran de vino. Mira que esto es una orgía, que vamos vestidos de putas... No te los metas bajo la falda, como la última vez... ¿Qué pasa si alguno de los carceleros te toca el culo? Pues nada, oye. ¡¡Al revés!! ¡¡Todo justo al revés!! —dijo, y agitó el cuchillo frente a la barriga del otro—. ¡¡Fíjate la corrida que acabas de organizar!! —Y sacándose el sombrero de cintas, estiró el brazo cuanto pudo y le propinó un golpe seco en la cabeza con él—. ¡¡Mentecato!! ¡A quién se le ocurre sacarse dos barrilitos de la falda! ¿Qué te pasa a ti con la pólvora? Suerte tendremos si salimos crudos de aquí. —Y se caló otra vez el sombrero.

—Me nace de mis adentros, Melquíades.

—¿El qué? ¿Qué te nace de tus adentros, becerro?

—La pólvora.

—¿La pólvora? ¿Qué pólvora?

—Me da seguridad —dijo el gordo estrechando contra el pecho un barrilito que palmoteaba con una mano.

—¡Quita de ahí! ¡Cuatro barrilitos! ¡Por san Dios! ¿Y la reacción de los carceleros al verte?

—Maravillados los dejé —dijo asintiendo con orgullo el gordinflón.

—¿Maravillados? ¡Los aterrorizaste, animal! ¡A ver a quién le gusta una puta que pesa más de doscientas libras! ¡Sólo a ti, que tienes sesos de pollo en esa cocorota!

—Pues tú bien que podías haberte afeitado el bigote.

—Yo sé lo que me hago —dijo frunciendo el ceño—. Pregúntales a ellas, si no.

—¡Ay, Melquíades! ¡Vamos a morir!

—¡Voto al diablo que son molestas estas malditas faldas! —Y así diciendo, Melquíades rasgó la falda con el cuchillo y al aire quedaron unas vistosas enaguas de encaje—. ¡Vamos, de prisa, de prisa! No perdamos más tiempo —ordenó limpiándose la pintura de labios con el dorso de una mano, y reanudaron la marcha escaleras arriba.

Llegaron al último piso con la lengua fuera y sin parar de correr. Las enaguas, con mucho más ligeras que las faldas, facilitaban la carrera de Melquíades. Por su parte, Ginés perseguía el frufrú de las enaguas de su hermano con el barrilito contra el pecho.

Aunque en general los presos tosían y gritaban, raro era aquél que hacía alguna observación al paso de semejantes velocidades. Los desdichados, que se aferraban a los barrotes de sus celdas locos de angustia, se quedaban mudos ante aquellas fugaces apariciones. Aún más, en medio de un incendio, para nadie era un alivio ver a una ramera monstruosa corriendo con las faldas en alto sujetas por el dobladillo,

mientras otra, más bigotuda que un veterano de los tercios de Flandes, y ataviada con enaguas del color de la grana, la precedía como una centella.

En el fondo de la galería había un único calabozo. El calabozo estaba muy apartado del resto, protegido por un portón, y el portón, surcado por gruesos barrotes transversales y verticales. Por entre los huecos sólo se veía un taburete de madera que iluminaba una antorcha próxima, y sobre el taburete, un sombrero de fieltro sucio.

—Señor capitán —susurró un ansioso Melquíades pegando la cara al portón. Los gritos de los presos eran cada vez más audibles—. Señor capitán, ¿estáis ahí? Si estáis ahí mostraos, que aún estamos a tiempo, señor.

A Melquíades le pareció ver algo. Al contrario que la mayoría de los otros presos, aquí nadie se había abalanzado contra los barrotes. Fijó la vista en el sombrero. ¿Era ésta la mazmorra? Y su propia excitación, ¿obedecía a que el preso estaba condenado a la horca, o tenía que ver con la leyenda de ese hombre único, de ese diablo al que sólo los ingleses se habían atrevido a apodarar?

Con los vellos de punta, volvió a pegar la cara al portón. En eso, vio cómo una mano fuerte en apariencia pero insegura levantaba el sombrero y, ya en el aire, cómo el sombrero se desprendía de ella. A Melquíades le recorrió un escalofrío. Comprendió que el hombre por cuya causa arriesgaban la vida, que ese lobo entre los lobos, era el presidiario que estaba del otro lado.

—Señor capitán —dijo—. ¿Me estáis oyendo? ¡Señor Santa Cruz!

—¿Quién sois? —replicó una voz gruesa. La serenidad del tono sobrecogió a Melquíades, que casi sucumbió a la tentación de llamarle por su apodo.

—¿Estoy hablando con... el capitán Santa Cruz? —preguntó a la oscuridad.

—Vos lo habéis dicho.

—En ese caso, señor, perdonadme —dijo Melquíades, que se acercó a los barrotes—. Mirad esto. ¿Lo recordáis? —Era un diminuto pañuelo con bordados de flores. El blanco de la seda estaba amarillento. Al principio nada ocurrió, pero de repente una mano sucia y bronceada salió de la oscuridad y le arrebató el pañuelo blanco, que dejó de verse. Al instante, una voz sofocada en la que vibraba una temblorosa nota de hostilidad, dijo:

—¿Y mi hija? ¿Qué le habéis hecho? ¿Dónde está mi hija?

—Nada ha de ocurrirle si nos seguís. Venimos a liberaros, señor Santa Cruz —dijo Melquíades, que seguía sin ver a nadie.

—¡Escuchadme vos a mí! —Y el puño que aferraba el pañuelo salió por entre los barrotes—. Si hacéis que derrame una sola de sus lágrimas, viviréis para arrepentiros de ello. ¿Me habéis entendido, rufián? —Y tras una breve pausa, el presidiario se abalanzó contra los barrotes—. ¿Dónde tenéis a mi hija?

Melquíades dio un paso atrás. Tenía frente a él a ese hombre. El que según los rumores, había cobrado tantos botines en la mar como luego derrochado en las mesas de juego. Y abrumado como estaba, mucho le costó replicar.

—Está-está entendido, mi señor —tartamudeó—. Y creedme, no corre ningún riesgo. Más me está prohibido decir. Es imprescindible que nos acompañéis.

El presidiario contempló a Melquíades desde arriba, con la frente inclinada y los ojos bajos. Vestía ropas raídas. No tendría más de treinta años, la melena oscura le llegaba hasta los hombros y la barba endurecía unas facciones angulosas. Sus ojos, negros como el basalto, relucían como si volvieran de ar-

dientes profundidades. Se hubiera dicho que unos ojos tales habían abdicado de la dicha bajo el peso de la culpa.

Poco después se oyó el bramido del último barril. Lo bastante violento como para provocar un caos en el ala oeste del presidio, y de paso, para descerrajar la puerta. En el aire flotó un humo negro. En tanto Ginés auxiliaba al presidiario, Melquíades se agachó, recogió un sombrero oscuro de ala ancha, le sacudió el polvo y se lo entregó a aquel hombre con timidez.

—Conducidme ante mi hija, y teneos por avisado —dijo el presidiario, que tomó el sombrero con mirada desafiante—. La palabra es cuanto le queda a un condenado a muerte.

Bajaron al sótano por las escaleras y atravesaron las cocinas. Al comprobar que la puerta que daba a la calle estaba cerrada, Melquíades dio una orden muda al gigante de su hermano, que arremetió contra ella.

El resto no se hizo esperar mucho. Los carceleros irrumpieron en las cocinas mientras afuera, en un oscuro callejón, Melquíades y Ginés se despojaban de sus disfraces. Un tercer tipo, que para extrañeza del presidiario era clavado al gordinflón de Ginés como una gota de agua a otra, y que respondía al nombre de Blas, le ayudó a poner el pie en el estribo. El tal Blas imitó a la perfección el resoplido del caballo, y seguidamente los cuatro salieron de allí picando espuelas. El pequeño halcón que planeaba sobre ellos los siguió a distancia.

A las afueras de Madrid enfilaron un camino arbolado, largo y oscuro como una noche de invierno, luego tomaron un desvío y siguieron en declive ascendente hacia la sierra por senderos pedregosos.

Rayaba el alba cuando las monturas, agotadas, se detuvieron a las puertas de un pequeño monasterio cuya sombra se recortaba contra el cielo sanguíneo.

Melquíades golpeó la puerta varias veces. Al poco, se oyó un chirrido. Melquíades se descubrió y dijo algo. El fraile, que vestía un hábito marrón oscuro y llevaba la capucha calada, guardó silencio sin levantar la vista y la pesada hoja, ruidosamente, se abrió para dejar paso a los tres hombres. El fraile echó una mirada recelosa al pequeño halcón, que había aterrizado en el antebrazo de Santa Cruz, y con los brazos por dentro de las mangas, les hizo recorrer un considerable tramo de claustro.

Varios frailes que miraban de reojo a los desconocidos, rastrillaban en los arriates del patio. A lo lejos, se oían voces implorantes que entonaban cantos gregorianos. El fraile que los guiaba cogió un fanal y se internaron en la noche del monasterio. Avanzaron por los pasillos como al encuentro de los cánticos. Los corredores estaban mal iluminados y el aire, de una densidad malsana, parecía impregnado de un olor acre y húmedo a incienso y a cera derretida. Cuando algún fraile se cruzaba con el grupo, bajaba la vista y sus pasos se perdían en la penumbra del corredor.

Poco después se detuvieron frente a una puerta. El fraile sacó una llave del bolsillo, y temblando, la introdujo en la cerradura y giró. Con un tímido gesto hizo pasar al presidiario y lo invitó a sentarse a una enorme mesa de roble en la que había un candelabro apagado. Después se escabulló de allí cerrando la puerta con varias vueltas de llave.

La estancia debía de tener una amplitud sorprendente, pero la penumbra lo invadía casi todo y la luz, aunque débil, procedía de una sola dirección. Junto al ventanuco, alguien estaba sentado en un sillón de madera labrada. Se veía tan sólo la parte inferior del asiento y un reposabrazos que tenía forma de voluta. Sobre el reposabrazos descansaba una mano muy bronceada que tenía cogidos unos guantes de gamuza negra y lucía

un primoroso puño de encajes. Las piernas estaban separadas. Calzaba lustrosas botas de montar hasta la rodilla con el reborde vuelto, y sendas hebillas doradas en cada uno de los rebordes con las iniciales J. D. inscritas en ellas. Permaneció inmóvil como un ídolo.

Desde el ventanuco, el alba arrojaba un haz oblicuo que incidía parcialmente sobre el caballero, quien con excepción de la mano, tan sólo era visible de cintura para abajo. El resto estaba inmerso en las sombras.

—De modo que vos sois el capitán Santa Cruz. —Salió una voz metálica de las tinieblas, y tras una pausa prosiguió—: Ante todo, dispensad por la burda artimaña con la que os hemos arrastrado hasta aquí. Vuestra hija está bien segura con su madre. Nada ha de temer por ella vuestra merced. Por desgracia, en nuestra patria es más fácil dar con un par de pícaros para robar un pañuelo que con un oficial competente y leal a sus armas.

—¿Cómo está ella? ¿Dónde está mi hija? —preguntó el preso, que se puso en pie calmadamente y sin pararse a pensarlo, palpó el lugar donde debiera estar su espada. El halcón alzó el vuelo y se fue a posar en el respaldo de una silla.

—Os repito que vuestra hija está con su madre —replicó la voz desde la oscuridad.

Al fin el desconocido se levantó del asiento. Una de las hebillas emitió un destello fugaz. Dio un paso adelante y salió de las sombras.

El presidiario no se movió del sitio.

En cuanto al caballero, cualquiera habría dicho por su forma de vestir que se trataba de un hombre de calidad, ataviado como estaba con un sombrero de plumas. El presidiario llevaba el suyo calado, aún con rastros de hollín y polvo, y la ropa andrajosa. El caballero, sin dejar de mirarlo, ladeó la ca-

beza y en su cara se dibujó una leve sonrisa. Suspiró más conternado que ofendido porque el otro no se descubriera en sus propias barbas y, tomando la iniciativa, cogió el sombrero, lo colocó en su estómago e inclinó el torso hacia delante.

Sólo entonces el preso se descubrió, hizo una ligera reverencia y a continuación dijo:

—Jurad por la salvación de vuestra alma que mi hija está con su madre, a salvo.

—Lo juro por la salvación de nuestra patria. ¿O acaso no os parece mucho más importante, Íñigo Santa Cruz? —repuso con una sonrisa cínica.

